



INTERNACIONAL

# A LOS DIEZ AÑOS DEL 11 DE SEPTIEMBRE: BALANCE PROVISIONAL

Javier Rupérez, embajador de España



© TheMachineStops (Flickr)

El vuelo 175 de United Airlines se estrella contra la torre sur del World Trade Center de Nueva York (11-9-2001)

## Un acto de guerra

Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 quedarán permanentemente grabados en nuestra memoria y asociados al recuerdo irreal de su contemplación. ¿Estaba aquello ocurriendo realmente? ¿No sería acaso el simulacro organizado por una cadena televisiva para atraer la atención sobre una futura serie de catástrofes? Cuando la evidencia nos devolvió a su terrible e incómoda dimensión, y antes de poder evaluar otros daños, debimos situar la perspectiva del futuro en el horror evidente de lo sucedido: un acto terrorista de proporciones gigantescas; en verdad, un acto de guerra planificado con satánica habilidad y dirigido contra los principales centros neurálgicos –en lo político, en lo económico y en lo simbólico– del país más poderoso de la Tierra: los Estados Unidos de América. Apenas un decenio después de que hubiera desaparecido la Unión Soviética, y con ella terminada la Guerra Fría, el mundo se veía enfrentado a una provocación que, de haber tenido su origen en Moscú durante los peores tiempos de la confrontación Este-Oeste, habría desencadenado sin duda alguna una respuesta nuclear.

La destrucción, palmaria en las imágenes de aquel día y de tantos otros subsiguientes, fue adquiriendo proporciones difíciles de abarcar a medida que los números se iban concretando: cerca de tres mil personas muertas en el conjunto de los cuatro atentados –los dos de las Torres Gemelas en Nueva York, el dirigido contra el Pentágono en Washington y el avión estrellado en Pennsylvania cuando sus pasajeros impidieron que los terroristas lo estrellaran contra el Capitolio–; las aeronaves destrozadas; derribado gran parte del conjunto del World Trade Center en Manhattan; suspendidas durante una semana las sesiones de la Bolsa de Nueva York, que acumuló pérdidas billonarias, con las consiguientes repercusiones sobre la economía americana en particular y la mundial en general; una enorme retracción de la actividad turística en todo el mundo, y numerosas quiebras y desapariciones de compañías aéreas. Quien hubiera imaginado la hecatombe –y pronto existieron certezas que su autor se llamaba Osama Bin

**“Terminada la Guerra Fría, el mundo se enfrentaba a una provocación que, de haber tenido su origen en Moscú durante los peores tiempos de la confrontación Este-Oeste, habría desencadenado una respuesta nuclear”**



Laden, por aquel entonces albergado en Afganistán bajo el régimen delincuente de los talibanes– podía tener la oscura satisfacción de haber causado un daño indecible. Seguramente incluso mayor del previsto.

La contabilidad de las secuelas iba mucho más allá, tanto en lo cuantitativo como en lo intangible. Dos guerras, la de Afganistán y la de Irak, tuvieron su origen aquel 11 de septiembre y diez años después siguen exigiendo sangre, sudor y lágrimas de los americanos y de una buena parte de sus aliados –amén de haber contribuido poderosamente a desequilibrar las cuentas públicas del Tesoro de los Estados Unidos–. Las disputas político-intelectuales sobre la justificación de la guerra en Irak –no parece haber ninguna sobre la justeza de la causa en Afganistán, un caso palmario de legítima defensa– no pueden ocultar el hecho evidente de que sin el 11 de septiembre no hubiera habido derrocamiento bélico de Saddam Hussein. La fortaleza continental americana, hasta entonces tenida por inexpugnable, perdía su virginidad a manos de diecinueve terroristas que, utilizando un puñado de dólares y unas navajas, habían sabido poner en solfa a los mejores sistemas de información e inteligencia de la Tierra y demostrado la inadecuación de las medidas existentes para la seguridad del tráfico internacional. El carácter alegre y confiado de la sociedad americana, mecido por los “dividendos de la paz” y cimentado en su convicción de encarnar a la perfección el carácter benefactor de ser la única gran potencia subsistente tras el fracaso soviético, recibió un brutal correctivo, del que todavía no se ha recuperado, y que trajo consigo dolorosas reevaluaciones y cambios de prioridades: otro significativo esfuerzo económico debió ser dedicado a la creación del hasta entonces inexistente Departamento de Seguridad Doméstica, el acento público se concentró sobre la seguridad.



**“Dos guerras, la de Afganistán y la de Irak, tuvieron su origen aquel 11 de septiembre y diez años después siguen exigiendo sangre, sudor y lágrimas de los americanos y de una buena parte de sus aliados”**

## **Sacrificar márgenes de libertad**

Es claramente excesivo e inexacto mantener que el 11 de septiembre inaugurara un periodo negativo para las libertades públicas en los Estados Unidos. La sociedad americana ha sabido mantener el mismo nivel de vibrante diálogo que siempre le ha caracterizado sobre múltiples aspectos de la realidad cotidiana sin que censuras, arbitrariedades o cortapisas hayan limitado su libérrima capacidad de expresión y de acción. Pero, qué duda cabe, los mismos ciudadanos que disciplinada y resignadamente llevan diez años despojándose de sus vestiduras en los controles de seguridad de los aeropuertos tienen la clara conciencia de que en aras de la seguridad bien está sacrificar algo de los márgenes de la libertad.

El terror, como suele y quiere, ha desequilibrado un tanto la delicada balanza de las libertades públicas y no siempre ni en todo momento las decisiones del Ejecutivo o de sus agentes han estado a la altura de las nuevas y complejas circunstancias. Guantánamo, Abu Graib, las cárceles secretas de la CIA, los interrogatorios especiales, son casos y cosas asociados a ese camino de incertidumbre provocado por los ataques terroristas. No ha quebrado con ello la fortaleza democrática, la regularidad electoral, la independencia de los poderes estatales, el control judicial. Y como ejemplo de la complejidad de las cuestiones suscitadas baste una referencia al centro de detención en la isla caribeña, que Obama prometió cerrar y que, bien en contra de las esperanzas de muchos de sus partidarios, todavía no ha podido hacerlo. Porque subsiste en la sociedad americana, y con ella en buena parte del mundo, un sentimiento de incertidumbre que muchos identifican con el miedo y que tiene una coloración peculiar: la que le otorga los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 y que se

**“Subsiste en la sociedad americana, y con ella en buena parte del mundo, un sentimiento de incertidumbre que muchos identifican con el miedo y que se traduce en una desazonante pregunta, ¿serán capaces de hacerlo otra vez?”**



traduce en una desazonante pregunta sin respuesta definitiva, ¿serán capaces de hacerlo otra vez?

En los Estados Unidos no han podido hacerlo en los diez años transcurridos. Y ello se debe cargar a la cuenta de los reforzados sistemas de seguridad, de la mejoría en las agencias de información e inteligencia, de las ofensivas antiterroristas llevadas a cabo por fuerzas armadas, tropas especiales y agentes secretos. No será porque los terroristas no lo hayan intentado y constancia múltiple queda de sus intentos y de sus fracasos. Pero este éxito, diez años sin atentados en los Estados Unidos (y al que indudablemente debe sumarse la muerte de Bin Laden, en el año que se cumplía el décimo aniversario de su “hazaña”), que debe ser recogido con moderada satisfacción y renovada cautela entre todos aquellos que quieren lo mejor para las sociedades occidentales y para el más caracterizado de sus representantes, no puede hacer olvidar que en Madrid en el año 2004 y en Londres en el año 2005 militantes islamistas educados en las experiencias del 11 de septiembre y participando de la filosofía religiosa y política del milenarismo *alqaidista* sembraron muerte y desolación al estilo de lo conocido en el *Ground Zero* pocos años antes.

Y si graves y dolorosas son las cicatrices de esa historia de ignominia, no menos graves, aunque sean poco publicitadas, lo son las perpetradas de manera ininterrumpida y cotidiana en tantas y tantas localidades del mundo, desde la India a Nigeria, desde Pakistán a Indonesia, desde Irak a Afganistán por los fundamentalistas islámicos que, siguiendo las enseñanzas de Bin Laden, predicán la muerte del infiel –o del creyente traidor– y la restauración del califato que nunca fue. El 11 de septiembre inauguró un río de sangre que regularmente se cobra centenares de muertos anónimos en el seno de sociedades primordialmente mu-



**“Poco podría imaginar Huntington que el más adelantado de sus discípulos fuera Bin Laden. El renegado saudí puso en práctica la teoría del profesor americano sobre el 'choque de las civilizaciones'”**

sulmanas. La inspiración es la misma; los procedimientos, los mismos; la retórica, similar; el referente, cual si se tratara de una nueva “hégira”, la fecha fatídica. Pasan jefes y jefecillos, células criminales son aniquiladas o disueltas, pero la sangría sigue. Que lo haga lejos de nuestras fronteras –cruzamos los dedos– no le quita pizca de gravedad o de preocupación.

Tuvo mala fama Samuel P. Huntington entre las clases progresistas mundiales con su teoría sobre el “choque de las civilizaciones”. Poco podría imaginar el profesor americano –fallecido en 2008– que el más adelantado de sus discípulos, el más aplicado de sus lectores, fuera el propio Bin Laden. El renegado saudí puso en práctica lo que en la mente del estudioso era una teoría: la de que el mundo cristiano-occidental, laico, civil, demócrata, plural, tolerante, es incompatible con el teocrático y confesional islámico, y ambos están llamados a chocar entre sí. El componente de violencia terminal que el inspirador de Al Qaida añadió a sus acciones, en un contexto secular de roces más o menos agrios, pero también en una perspectiva de cierta pacificación generalizada a principios del siglo XXI, ha introducido en el seno de numerosas comunidades islámicas dentro y fuera del mundo occidental y en el interior de ambas comunidades, cristianas y musulmanas, elementos de desconfianza y recelo mutuos que, como se puede ver, tienen una alta probabilidad de desembocar en enfrentamientos, exclusiones o, en el mejor de los casos, desprecios.

### **El extremismo frente a la razón**

La presencia creciente de grupos de religión islámica en el seno de varias sociedades occidentales planteó regularmente la duda metódica sobre su voluntad de

**“El 11 de septiembre ha secuestrado los valores de la inteligencia y son cada vez más los que, sin quererlo, deben rendirse a la evidencia del enfrentamiento que sólo una minoría buscó”**



integración y no siempre la compleja situación fue fácil: aquí y allá estallidos de incomodidad pudieran dar noticia de la delicada tesitura. El 11 de septiembre, voluntariamente dirigido a la exaltación violenta de los sentimientos coránicos, ha contribuido poderosamente a convertir un problema social de integración en otro de, a menudo, radical incompatibilidad entre el Islam y otras comunidades, religiosas o laicas. El extremismo de los unos ha desencadenado el extremismo de los otros y la razón se ha perdido en los vericuetos de los que dicen abjurar del mundo demoníaco occidental, cuyo destino no puede ser otro que el de la destrucción por la sangre y el fuego, y de los que responden extendiendo una mancha no matizada de regresión y ludibrio sobre todo lo que exhale perfumes islámicos.

Es esa la atmósfera en la que germinan los asesinatos cometidos por un comandante médico del ejército de los Estados Unidos de fe musulmana contra sus compañeros de profesión; en donde un perturbado pastor evangelista del sur del país anuncia la quema pública de coranes; donde la construcción de una mezquita en las vecindades de lo que fueron las Torres Gemelas se convierte en un problema de seguridad nacional; donde pakistaníes británicos de segunda generación atentan contra el sistema de transporte londinense con una vesania mortal. Esa es también la atmósfera en la que los servicios occidentales de inteligencia deben trabajar con ahínco para evitar que en los lugares islámicos de rezo se aliente la violencia, la guerra santa o la muerte al infiel. La inmensa mayoría que a uno y otro lado de la división pretende mantener sus vidas en el ámbito civilizado de la pluralidad democrática lo tiene cada vez más difícil: el 11 de septiembre ha secuestrado los valores de la inteligencia y son cada vez más los que, sin quererlo, deben rendirse a la evidencia del enfrentamiento que sólo una minoría buscó.



**“No cabe la equidistancia ni el truco de la compasión: el mundo es peor desde que unos milenaristas religiosos decidieron utilizar la sangre y el fuego para conformar la Tierra a la escala de sus delirios”**

El mundo, cierto es, no dejó de existir el 11 de septiembre de 2001 y la sociedad occidental, la gran agredida por el atentado, ha demostrado una admirable capacidad de digna supervivencia en la durísima adversidad. Pero no podemos dejar que un infantil optimismo antropológico enturbie nuestros análisis. Como pocas otras veces en la historia de los últimos cien años, la fecha encarna un profundo cambio de signo, una radical inflexión en la manera en que los humanos entienden sus vidas y sus relaciones. Existe indudablemente un antes y un después del 11 de septiembre y los muchos que de aquel día nos acordamos diez años después debemos reconocer que la herencia, en vidas y haciendas, en temores y dudas, en incertidumbres y ansiedades, no es precisamente la mejor de las posibles. Unos desalmados quisieron practicar a su modo la teoría del fin de la historia. Si hubieran contado con armas de destrucción masiva, casi lo habrían conseguido.

En la moraleja final, no cabe la equidistancia ni el truco de la compasión: el mundo es peor desde que unos milenaristas religiosos decidieron utilizar la sangre y el fuego para conformar la Tierra a la escala de sus delirios. Defendernos eficazmente en contra de sus pretensiones es hoy, diez años después del 11 de septiembre de 2001, la clave de nuestra continuada vida en libertad.